

NOVELA POLICIACA

BRUNO FISCHER

DIAS DE ANGUSTIA



Caleb Dawson, director literario de una empresa editorial de New York regresó aquel día a Mount Birch, como lo hacía diariamente, al atardecer. En la estación le esperaba su bella esposa Sally. Todo era normal. Tenían dos hijos y eran felices, a pesar de las acostumbradas dificultades económicas.

Más de pronto, todo cambio para ellos aquella misma noche. Su esposa le enseñó el contenido de una bolsa de cuero que había encontrado aquella mañana. Y a partir de ese momento iban a transcurrir unos días de verdadera angustia para ellos.

MIÉRCOLES

1.

Lo mismo que cada día laborable, tomé el tren de las 7.51 para la ciudad de Nueva York y el de las 5.27 de la tarde de regreso a casa. El tren me dejó en Mount Birch con once minutos de retraso, cosa normal; de modo que eran casi las seis y media cuando ascendí, entre los viajeros que hacían el transbordo, la escalera que conducía a la plaza de la estación. Desde allí atisbé por la calle en curva, buscando mi coche.

Permanecía algo más allá, en una fila de coches que iban bajando entre sacudidas y paradas para recoger a los desdichados maridos, como yo, que no podían tener más de un coche. Como en otros aspectos, yo era un verdadero habitante suburbano y poseía una furgoneta.

Hacía ya dos meses que tenía el parachoques delantero abollado.

Remonté la calle hasta llegar al vehículo y abrí la portezuela izquierda.

—Hola, querido —exclamó Sally, deslizándose fuera del asiento del conductor.

Su cabello dorado lo era más que por la mañana, y recordé que había acudido al salón de belleza para recomponerse.

Brandy habló desde el asiento de atrás.

—Hola, papá.

Estaba solo allí. Aquellos días, Chuck casi nunca acudía a buscarme. Chuck tenía once años, tres más que Brandy, de modo que ya estaba sumamente ocupado en sus pro-

pios asuntos: que durante la primavera se concentraban en la Liguilla de béisbol.

Dejé la cartera ante mí al instalarme frente al volante. Sally y yo nos inclinamos ligeramente uno al otro para rozarnos los labios. Hecho lo cual, arranqué el coche y avancé hacia el que se hallaba unos tres metros delante de mí. El único modo de cambiar de sentido de dirección era hacerlo en la plaza llena de tráfico. Volví la cabeza para preguntarle a Brandy si había sido bueno.

–La señorita Fairhoff es una chinche –se quejó el niño.

–Vamos, Brandy, no debes hablar así de tu maestra –le reñí.

Murmuró algo que no oí porque en el coche sonaba otra voz mucho más alta. La radio funcionaba y una mujer chillaba con ganas de vendernos algo. Alargué la mano para desconectarla.

Sally me asió del brazo.

–No la cierres.

–Oye –repliqué–, cuando llego a casa, cansado de trabajar, me gusta charlar con mi familia.

–Estoy escuchando el noticiario de las seis y media.

Parecía tensa y preocupada. Normalmente, las cosas que la ponen en tensión son: la comida de los niños, las nuevas cortinas del saloncito y la imposibilidad de asistir a una reunión de la P. T. A. con un vestido que haya llevado en otras ocasiones. Sus tensiones no incluían las crisis ni las catástrofes mundiales; estas preocupaciones las dejaba para mí. En cambio, ahora, existía verdadero frenesí en la forma en cómo me cogió del brazo para apartar mi mano del botón de la radio.

–¿Ha ocurrido algo? –pregunté.

–¿Dónde?

–Tú sabrás. En el mundo... en la ciudad... ¿Qué quieres escuchar?

–No, sólo las noticias –repuso en el tono que usaba para reñir a los niños o a mí.

Los claxons atronaban el espacio. Mi coche había permanecido parado unos instantes y había dejado de nuevo una brecha en la fila de coches. Me apresuré a rectificar el error.

—La señorita Fairhoff es una chinche —repitió Brandy junto a mi oído.

Pasó a explicar por qué: se trataba de algo que ella había hecho o dicho durante la clase de lectura. Yo captaba bien las explicaciones del chico, porque la voz que en la radio siguió al de la lectura de los anuncios comerciales sonaba bastante baja. Sin embargo, traté de concentrarme en aquella voz y no en la de Brandy porque pertenecía a Mort Reach, columnista del *Mount Birch Weekly Ledger*, que hacía un resumen de las noticias locales por la emisora suburbana. Y Sally, sentada algo separada de mí, con las manos entrelazadas, escuchaba con atención aquella relación de accidentes e incendios, nacimientos y defunciones, y de los sucesos políticos y sociales.

Terminé de dar la vuelta a la plaza. Willie Jackson era el patrullero de aquella hora de tráfico tan denso. Cuando me vio, detuvo la corriente de coches que salía del aparcamiento de la estación para permitirme antes que nadie remontar la cuesta que ascendía al frente. Le saludé con la mano, si bien no me gustó su amabilidad. Nunca me han gustado los privilegios especiales. Y menos aún a la vista de los votantes que me conocen.

Por la radio dieron más anuncios. Esta vez fue Sally la que la cerró.

Volví a oír la quejosa voz de Brandy junto a mi oído.

—¿Crees que esto es justo, papá?

Lancé un gruñido poco comprometedor. Esto pareció contentarle porque apartó su carita de mi nuca.

El semáforo de la calle División se puso rojo cuando me acercaba a él. Mientras aguardaba, miré atentamente a Sally. Su perfil suave, con la naricilla respingona, estaba

completamente inmóvil. Daba la impresión de permanecer en un aislamiento completo.

–¿Lo has oído? –le pregunté.

–Supongo que todavía es pronto –respondió en la forma que a veces suele hablar, más para sí que para mí.

–Sally, ¿de qué diablos hablas?

–No necesitas gritar –se acercó más a mí y me susurró –: Más tarde, querido.

–¿Por qué no ahora?

–No quiero que pueda oírlo.

Miré a Brandy. Se había colocado en su postura favorita, arrodillado frente a la ventanilla para contemplar la calle.

Cambió la luz.

–¿Ha ocurrido algo? –pregunté, poniendo de nuevo en marcha el coche.

–¿No puedes aguardar hasta llegar a casa? –se sulfuró Sally.

Como si fuese ella la única que tenía motivos para enfadarse.

Por lo demás, casi habíamos llegado a casa.

Vivíamos en una de las catorce casitas tipo rancho alineadas a ambos lados de la calle. No todas eran iguales. Algunas tenían el garaje a la derecha y otras a la izquierda; algunas tenían los postigos de las ventanas de color negro con molduras blancas, y otras los tenían de color blanco con molduras grises. También cambiaba el color de los aleros. Todas poseían tres dormitorios, y un comedorcito que coordinaba con la salita, y una cocina muy moderna donde cabían dos personas muy delgadas, aparte de tener un cuarto para jugar en el sótano. Durante los seis años que hacía que la habíamos comprado por un precio superior al que podíamos permitirnos, habían doblado los impuestos, y al cabo de otros veinticuatro años (o sea cuando yo tendría ya sesenta y dos), la hipoteca estaría cancelada.

George Huntley, nuestro vecino de la derecha, empujaba una podadora de césped con su grueso vientre. Cuando interné el coche por el senderito de grava, cortó el motor y se nos aproximó.

–Es tuya, Caleb –me espetó.

–¿El qué?

–La podadora. La mía está estropeada. No había nadie en tu casa, de forma que entré en tu garaje y la cogí. ¿Te molesta?

–En absoluto.

Sally se apeó del coche y entró en casa. Brandy corrió hacia Penny Huntley, que estaba paseando una muñeca en un cochecito. Era de la misma edad de Brandy, tal vez algo menor. A mi vez, salí del auto con mi cartera en la mano.

–Empieza a oxidarse –comentó George, examinando el guardabarros del coche que Sally había golpeado contra una farola.

Enseñaba ciencias en el instituto y conocía todo lo referente a las oxidaciones.

–Ciento diez pavos para enderezar una abolladura –repliqué.

Con la uña del pulgar, George quitó un goterón de pintura de uno de los huecos del metal.

–¿No lo tienes asegurado?

–Por cien dólares deducibles –repuse—. Y si intento cobrar los otros diez, son capaces de cancelarme el seguro.

Di media vuelta, para entrar en casa y me sonreí al ver cómo Penny y Brandy contemplaban el cochecito, con la muñeca dentro, como dos padres ansiosos. Contra el fondo formado por la magnolia rosa de los Huntley, en plena floración, la cabecita de mi hijo rozaba los ricitos de la niña.

–Un amor precoz –rió George. De haber sido los niños más crecidos, la risa en su flácido rostro habría sido obs-

cena—. Mi hija me aseguró que cuando sean mayores se casarán.

—Pues tiene muy buen gusto —afirmé, dirigiéndome a mi casa.

Hallé a Sally en la cocina. Estaba inclinada sobre el horno, comprobando un asado. En esta posición, era muy tentador palmearle el exuberante y hermoso trasero embutido en sus pantalones. Lo palmeé. Se enderezó y la abracé por detrás, alborotándole el cabello que olía a salón de belleza.

No se movió, dejando que mis manos la recorriesen el cabello y el cuerpo, distraída, ausente. Cuando la solté, cogió un puchero del fogón y lo llevó al fregadero.

—Dímelo ahora —le pedí.

—He de terminar de preparar la cena.

—Puedes contármelo mientras terminas.

—Prefiero aguardar.

Ante el fregadero, inclinó el puchero para verter el arroz en un colador, y su rostro adoptó una expresión muy rara. Su naricilla se había afilado, y las mejillas y la barbilla, tan redondeadas, estaban adquiriendo cierta extraña angulosidad.

—Si se trata de un accidente ocurrido a alguien que conocemos —insistí—, ¿por qué no me lo cuentas?

—Oh, no. No se trata de eso.

—Entonces... ¿qué es?

—Es una historia muy larga. Te la contaré después de cenar.

Abrió el grifo del agua encima del arroz. Cuando se apartó del fregadero, frunció el ceño y se apoyó en el refrigerador.

—Querido, me gustaría que fueses a buscar a Chuck y lo trajeses. La cena estará lista en un instante.

—Odio los misterios —protesté.

—Cariño, he tenido un día terrible. Por favor, amor, por una sola vez no discutas.

–De acuerdo –me conformé.

2.

Fui con el coche al campo de la Liguilla, distante un kilómetro. Se hallaban allí tres muchachos, y uno de ellos era Chuck, quien siempre se quedaba allí el último, hasta que se habían marchado todos o alguien iba a buscarle. Estaban corriendo, con la pelota, por todo el campo.

–Chuck –le grité–, es hora de cenar.

–Oh...

–¡Chuck!

La energía con que acababa de doblar la segunda base le abandonó. Se acercó lentamente. Igual que yo a su edad, era casi todo huesos. Llevaba ya algún tiempo casado cuando mi esqueleto empezó a rodearse de carne. Y la verdad no es mucha.

–Chuck –dije cuando íbamos hacia la calle–, ¿ha ocurrido hoy en casa algo... algo anormal?

–¿Qué quieres decir?

–No lo sé. ¿Ha sucedido algo?

–Sólo estuve en casa el tiempo justo de dejar los libros y coger el guante. Hoy teníamos práctica de béisbol. Papá, ¿van a dejar tu retrato para siempre en las paredes?

Mi cara estaba pegada en torno al poste del farol, cerca de donde había dejado el coche. Encima de mi cabelleira se leía: CONCEJAL DEL DISTRITO, y debajo de la nuez de Adán: CALEB B. DAWSON. El fotógrafo me había impreso una expresión torva, casi iracunda. Era el retrato de un individuo que no cometería extravagancias al dirigir los asuntos de las nueve mil personas del suburbio.

–¿Te molestan esos carteles? –pregunté a Chuck.

–Bueno, las elecciones concluyeron y tú ganaste. ¿Por qué no los quitan?

–Porque están pegados y nadie quiere tomarse la molestia de despegarlos –subimos al coche y arranqué–. Chuck, ¿quién estaba en casa cuando volviste de la escuela?

–Nadie, sólo mamá. Oye, papá, nuestro entrenador dice que soy un gran bateador.

–¡Estupendo! ¿Parecía alterada?

–¿Quién?

–Mamá. Ya sabes, trastornada, inquieta.

–Me riñó. Pero yo no había hecho nada. Te lo juro. Sólo entré en su habitación para ver si estaba en casa. Y me riñó por no haber llamado a su puerta.

–¿La tenía cerrada?

–Entornada. Pero nunca me ha dicho nadie que deba llamar a una puerta dentro de casa.

–Ahora ya eres mayorcito y debes llamar cuando tengamos cerrada la puerta de nuestro dormitorio –metí el auto por nuestra calle, conduciendo a poca velocidad para prolongar el trayecto–. Chuck, ¿qué hacía mamá en el dormitorio?

–Nada.

–¿Se cambiaba quizá de ropa?

–Estaba sentada en la cama. Nada más. Sentada y haciendo algo con una almohada. Pegó un salto, como si yo la hubiese asustado mucho. Entonces me riñó por no haber llamado, y luego me dijo que cogiese unas pastas y me tomase un vaso de leche antes de irme –golpeó la mano enguantada con la otra libre–. Papá, me cuesta mucho correr por la izquierda.

–¿No sabes pararte en seco?

Estábamos en casa. Me llevé a Brandy del patio de los Huntley, casi arrancándolo del lado de Penny, e hice entrar a los dos chicos. Sally me rogó que les obligase a lavarse;

los dejé durante veinte segundos a solas en el lavabo y empezaron a pelearse. Les grité y Sally me riñó por no ser capaz de dominarlos mientras ella ponía la mesa. Brandy se echó a llorar porque Chuck le pellizcó el brazo y yo le pegué a éste, cosa que no me gustó. De pronto, todo volvió a la normalidad.

Al menos, a este respecto.

Eventualmente, los cuatro estuvimos sentados a la mesa. Los chicos comieron apresuradamente y se llevaron el vaso de leche ante la televisión para contemplar uno de sus innumerables programas favoritos: la usual comedia cómica aupada con invariables carcajadas de fondo. Como el aparato se hallaba a un extremo de la salita y el comedor en el otro, Sally y yo no nos quedamos solos, ni en paz ni en intimidad. Tomamos el postre y bebimos el café sin hablar.

En el matrimonio no se habla continuamente, puesto que el silencio crea intimidad. Sin embargo, este silencio era una excepción, como el que se produce después de una pelea. Y, no obstante, llevábamos semanas sin haber siquiera discutido. Todo estaba bien cuando aquella mañana me marché a la oficina, y ahora, en cambio, había como un telón invisible entre nosotros. Sus ojos, más grises que azules en aquel instante, permanecían vacíos de expresión. Empezó a asustarme.

Bruscamente, como si saliera de un estado de estupor, se puso en pie y empezó a despejar la mesa. Tenía la manía de limpiarlo todo tan pronto como habíamos terminado de cenar. Cogí los platos y la seguí a la cocina.

–Bien, ya hemos terminado de cenar –le recordé.

–¿No ves que tengo trabajo?

–Los platos pueden esperar.

–Los niños...

–No pueden oírnos con la televisión en marcha. También podemos ir al dormitorio.

Sally me ignoró mientras ponía los platos en el escurridor. Pensé que intentaba esconderse de mí. Luego, como comprendiendo que yo estaba a su lado, volvióse y me puso una mano en el pecho.

—Lo siento, Caleb —cuando deseaba mostrarse amable me llamaba por mi nombre; de lo contrario, yo era «querido» o «cariño»—. No quería hablar de ello hasta que los niños estuviesen dormidos. Pero tú adivinaste que ocurría algo... Sí, creo que en el coche no me mostré muy astuta. Mas si te lo cuento ahora querrás... bueno, querrás verlo al momento. No, es mejor que los niños estén ya en cama.

—Ver ¿qué?

—Por favor, cariño, más tarde.

Solté un gruñido y la dejé con sus platos. Era precisamente lo que ella deseaba. Pasé tres minutos contemplando la televisión con los niños, y después entré en nuestro dormitorio.

Había dicho que «querría verlo al momento». ¿Se refería a cosas o personas? Y Chuck me había contado que Sally estaba haciendo algo con la almohada.

Aparté la colcha y miré bajo las almohadas, palpándolas. Nada. Busqué bajo la colcha, la manta eléctrica y la sábana de encima; luego por la sábana de abajo y el colchón, y al final debajo de la cama. También registré el armario y los cajones del tocador.

Era ridículo y me sentí ridículo. Arreglé la cama, sintiéndome culpable, y regresé a la cocina, donde Sally se hallaba fregando una cazuela.

La radio portátil estaba en marcha. Normalmente, mientras ajeteaba por la cocina, Sally solía escuchar música para adolescentes. Mas en aquella ocasión la tenía sintonizada en una emisora de Nueva York dedicada a dar noticias. La emisora local terminaba a las siete. De pie en el umbral, escuché las noticias. En aquel momento, no obstante, daban el parte meteorológico.

De repente, de espaldas a mí, exclamó como una ratita atrapada:

–¡Oh, Dios mío!

Apartó los visillos de la ventana situada encima del fre-gadero y miró afuera. Corrí a su lado. Un coche patrulla acababa de detenerse frente a nuestra casa.

–¡Sally! –grité, poniendo una mano en su espalda. La sentí temblar.

El jefe de policía Nate Messner saltó del coche.

–¿Le esperabas? –preguntó Sally con un hilo de voz.

–No. ¿Y qué?

–Nada, claro –soltó los visillos y ajustó los pliegues–. Por un momento, me olvidé de lo que eres ahora.

De pronto, soltó una risita nerviosa.

Sin embargo continuó jugueteando con el borde de los visillos, siempre de espaldas a mí. Sonó el timbre y fui a abrir.

–Buenas noches, señor Dawson –saludó el jefe Messner–. Supongo que no habré interrumpido su cena.

Hablaba como apuñalándote con las palabras. Era un hombre vigoroso, crispado. Pese a ser un policía a punto de acogerse al retiro, se conservaba delgado y ágil. Su estrella dorada relucía lo mismo que sus botones y sus zapatos. Yo tenía la sensación de que no me tomaba en serio, aunque congeniábamos bastante.

En realidad, sólo hacía un mes que habían organizado la Junta de Concejales del distrito, cuya presidencia ostentaba yo, por lo que era el decano del Departamento de Policía (dicho departamento constaba de quince hombres) como consecuencia de haber ganado las elecciones.

–Ya hemos terminado de cenar –contesté–. Entre.

–No puedo. Me aguarda mi mujer para la cena. Voy hacia casa.

Cerré la puerta a mi espalda y salí al par de palmos cuadrados de cemento que los arquitectos modernos (se-